XXXI Domingo Tiempo ordinario

Deuteronomio 6,2-6; Hebreos 7,23-28; Marcos 12,28b-34

«Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser»

31 octubre 2021 P. Carlos Padilla Esteban

«Siento dentro de mí la fuerza de un nuevo comienzo. Al atardecer sonrío, al amanecer estoy lleno de ganas. No estoy solo en la vida, veo una red de vínculos que me da esperanza»

Antes de hablar necesito pensar si me conviene decir lo que pienso. Tengo que ver si enaltece a quien lo escucha, si levanta al débil y al desvalido, si anima al que ha perdido la esperanza. Quiero ver si no son agresivas mis palabras, si unen y no dividen. Antes de hablar quiero pensar palabras sabias, tejidas en el corazón de Dios, en oración, en el silencio del alma. Quiero pensar si lo que voy a decir construye y edifica, porque hay muchas personas rotas que necesitan una reconstrucción de sus vidas. Quiero saber si lo que voy a decir es conveniente, o no ayuda, a menudo mis palabras son superfluas, son banales, son innecesarias. Hablo por no callar. Digo las cosas por no permanecer en silencio. Y me equivoco. Por eso hoy, una vez más, me detengo a pensar si lo que voy a decir es verdad, la mentira se encubre bajo parciales verdades. No quiero que mis palabras expresen sólo un sentimiento que tengo. Importa lo que siento, pero a veces no ayudo con lo que digo hablando desde mi herida. Cuando lo que digo está teñido de rencor, de rabia, de indignación, de desaliento, sé que no ayudaré a nadie. Mis sentimientos son caballos desbocados que me llevan a dejar salir de mí palabras que hieren, hacen daño, denigran, difaman, hunden. Mis palabras pueden hacer mucho daño y sé que cuando las pronuncio, o cuando las escribo, ya no hay remedio, son lanzadas al viento y ya no pueden volver atrás. No puedo volver a comenzar, no regreso al momento anterior a su nacimiento, es demasiado tarde. He dicho lo que pensaba, lo que sentía y si me he equivocado ya no puedo remediarlo. Lo dicho, dicho está. Ya he pasado la línea que separa la prudencia de la imprudencia. He dicho lo que no convenía, era innecesario, pero pensé que yo lo necesitaba. No tengo derecho a decir todo lo que pienso. Caiga quien caiga, sin importarme las consecuencias. Cuando no pienso antes de hablar, cuando no calculo las consecuencias, me equivoco. En ese preciso momento comprendo que mi silencio es lo único que me salva siempre. Aunque es verdad que hay palabras que ayudan y construyen. Hay momentos en los que tengo que pronunciarme y decir algo, tratar de acompañar la vida que se me confía. Me piden un consejo, esperan una palabra de aliento, aguardan por mi respuesta. En esos momentos mi silencio no salva a nadie. Entonces hablo, pero pensando antes lo que procede. Conozco personas que tienen ese don de saber decir lo que corresponde en cada momento, la palabra precisa, el consejo sabio. Saben dar el abrazo que cubre mil silencios y tienen la habilidad de levantar al caído con la delicadeza de Dios. Las conozco y me da una envidia sana ver lo bien que saben lidiar con el dolor ajeno. Tienen tanto respeto en sus dedos que sus caricias sanan heridas profundas del alma. Esas personas tienen un don del cielo y en ellas habla Dios. También hay otros que son siempre imprudentes y no sé cómo acaban diciendo lo que no conviene. Hieren sin querer herir. Y despiertan expectativas al prometer lo que no tienen. Sus silencios no valen cuando se esperan palabras. Y su forma de decir las cosas es a menudo dolorosa. Yo me muevo en esa línea tenue y llena de dudas. Y no sé si tengo que hablar o callar muchas veces. Ya no sé qué me conviene más. Digo lo que no corresponde, me equivoco y no puedo olvidar mis errores. Sé que las palabras crean una realidad hasta ese momento inexistente. O tal vez existía en mi historia pasada, o en mis pensamientos y sale a la luz de repente. Son las palabras un arte que tengo para decir con amor lo que pienso, lo que siento. No puedo eludir las palabras, pero tengo que aprender el lenguaje que el otro entiende. Ponerme en su lugar, adaptarme a su forma de entender

lo que digo. Ser prudente, sincero y amable. Decirlo todo con amor, callar con misericordia. Las palabras al ser pronunciadas, escritas, cobran vida de repente y deciden el camino que seguirán los acontecimientos. Son un torrente que brota de la profundo de la tierra sin que yo lo pueda detener cuando ha comenzado a fluir. Puede que mis palabras sean razonables y verdaderas. Puede que incluso necesite decir lo que siento para sentirme en paz. Al escribirlo, al decirlo, se ordenan mis pensamientos y entiendo mejor lo que me sucede en el alma. Porque no es fácil ordenar los sentimientos que tengo, las emociones. Expresarlos en palabras me ayuda. Incluso aunque no las comparta, las guarde para mí y las medite una y otra vez para calmar mi espíritu. Me gusta pensar que la vida se juega en esa lucha entre callar y hablar. Puedo acompañar el dolor con caricias y abrazos o pasar de largo mostrando indiferencia. Puedo decir lo correcto, lo que edifica, o callarlo por pudor o por miedo. Las palabras nacen en el alma y cobran vida. Pintan mi hoja en blanco de dibujos en forma de poesía. Expresan mucho más de lo que parece. Y despiertan vida en las almas que las leen o escuchan conmovidas. **Soy un enamorado de las palabras y de los silencios.**

El orden es un valor deseable. Es un bien tener el corazón ordenado, la vida en orden y la cabeza bien amueblada. Quiero tener las prioridades claras para que mis actos se correspondan con lo que deseo vivir. Desearía determinar los valores que defiendo y conseguir que los amores tengan un orden dentro de mí. Vivir con orden me da paz, mientras que vivir desordenado me la quita. Hay emociones que surgen en el alma sin saber bien de dónde vienen. Surgen y me desordenan por dentro. No sé ponerles nombre a mis emociones, no logro entender lo que siento, por qué lo siento, lo que me pasa por dentro. No sé explicarlo, no sé expresar lo que estoy sintiendo. Lo que me duele, lo que me alegra, lo que me inquieta, lo que me turba. Los miedos que se apoderan de mi alma y me despiertan. Me cuesta saber bien lo que tengo dentro, comprender mis lágrimas, o esa tristeza honda que no me deja. No sé por qué reacciono de esta manera cuando lo que ha ocurrido no es tan grave. No comprendo mi ira, ni mis palabras airadas, ni mi violencia. No me entiendo cuando la tristeza me invade matando la alegría. ¿Qué me falta para ser feliz? ¿Qué tengo dentro que me sobra? Quisiera abrir el alma y descifrar los signos, encontrar razones, comprender mis enigmas. Empezar a vivir de verdad con paz en el corazón, todo ordenado. Pero no me entiendo. Hay un desequilibrio interior que me hace realizar lo que no deseo, y dejar de hacer aquello por lo que lucho. Me encuentro roto de repente sin entender las razones. Hay sentimientos dentro de mí que no conozco, no tienen nombre. Sé que hay un origen, una razón oculta dentro de mi historia, mirando mi pasado encontraré la causa de todo. Pero tampoco quiero dedicarme a desenterrar cadáveres de mi ayer. A veces quisiera que Dios, con una especie de varita mágica, viniera a restablecer el orden perdido. O tal vez puede ser que sobrevalore en exceso el orden y a la larga no sea tan importante. No puede ser el orden la motivación última de mis actos. Como si la meta de mi vida fuera vivir en orden y en paz. Quizás no sea tan necesario que sea así. No me importa vivir en un cierto desequilibrio, caminando sobre una cuerda entre edificios, navegando sobre mares revueltos sin tener todo en orden. No me importa saber que dentro de mí hay fuerzas imprevisibles sobre las que no tengo el control absoluto. No me importa reconocer que no todo está claramente definido en mis prioridades y pierdo el tiempo cuando debería estar invirtiéndolo en bienes seguros. No me preocupa tanto no saber el nombre de algunas emociones que me turban. Pero me han dicho tantas veces que no puedo estar desordenado por dentro, que he llegado a la conclusión de que mi desorden no es bueno. Y me empeño día a día en ordenarme. Equilibrar el desequilibrio. Lograr que la asimetría con la que nazco y a la que tiendo sea simétrica. No puedo hacer desaparecer todas las rupturas y grietas que ha dejado en mí el amor vivido, el odio sufrido. Deseo restablecer la paz perdida. Recuperar el control de mi ánimo. Igual que empiezo muchas veces termino reconociendo que no puedo. Solamente si Dios dejara caer sobre mi como un fuego su mano acogedora cambiaría todo por dentro. Pero cuando me muevo yo solo fracaso en ese intento. He intentado responder a todas las preguntas que surgen en un mar confuso dentro de mí. Me faltan respuestas, o me sobran preguntas. Me falta orden, o me sobra desorden. Intento conseguir una mirada paciente sobre mí mismo, un amor incondicional es lo que busco, para que me acepte en mi desorden. Descubro oscuridades dentro de mí que solamente Dios conoce. Y veo brillar escondida bajo piedras una luz que es mía, de eso estoy seguro. Brilla como oculta esa fuerza interior que poseo. No me da orden, no trae el equilibrio

perfecto, ni logra la simetría, pero me da el fuego que necesito para encender mi alma. Brota dentro de mí desde los lugares más escondidos, desde los espacios más recónditos, desde mis pasados más guardados. Surge un manantial que no tiene fin, ni límite, ni cauce. Es una fuerza que me hace pensar que Dios me ha creado para dar luz y esperanza. No para establecer un orden que no consigo en mí mismo. Me ha hecho con barro y en ese barrio ha insuflado su vida, una luz que procede de las estrellas. Me reconozco frágil para llegar a todas las cumbres a las que aspiro. Y mis tropiezos de hoy me hacen reconocer de dónde vengo y quién soy. Y las emociones que a veces me perturban me llevan a comprender que seré siempre un enigma incluso para mí mismo. No tendré el control de todo, no alcanzaré ese orden que sueño. Viviré mi propio orden en medio de un desorden bendito. Y **sabré que en el desequilibrio de mi vida, en ese torpe equilibrio, Dios me hace fecundo.**

Hay personas que tienen luz y sonríen siempre. Son como una brisa refrescante en medio del calor del día. Son una esperanza en medio del desánimo, como un lugar de descanso en la carrera. Las miro y me sonríen. Las dejo ir y vuelven. La libertad es sagrada y el amor también lo es. Hay almas puras que no se desaniman aún cuando no logran llegar donde pensaban. Me dicen que se levantan por la mañana soñando con hacer realidad muchos planes. Creen que serán capaces de ordenar su mundo, y lograr encajar todas sus prioridades dentro de su alma inquieta. Cada mañana sonríen y vuelven a creer, vuelven a nacer. Y al final del día tocan con dolor el fracaso de sus planes. No han podido llegar hasta donde pensaban, no han logrado lo que habían paneado. Y entonces, aún turbadas por su incapacidad, estas personas se dicen en su interior, con una fe poderosa: *«No pasa nada. Tampoco es tan grave no haberlo conseguido».* Y de nuevo sonríen. Todo parece más fácil con una sonrisa y con esa actitud. Un fracaso es sólo una derrota, una batalla perdida. Por delante quedan muchas posibles victorias. No lograr lo que pretendía no puede hundirme. No puede quitarme la alegría ni la esperanza. Siempre puedo volver a comenzar. Siempre de nuevo la vida se viste de fiesta. Siempre puede haber alguien a mi lado recordándome que sí puedo correr y llegar más lejos. No quiero apagar mi impulso más hondo, mi pasión más auténtica. Vuelvo a comenzar aunque haya fallado. Y después de haber caído no me desanimo. Sonrío y me digo, no importa tanto, sigue habiendo vida. Me alegran aquellos que luchan cada mañana por llegar al final. Por levantarse sin miedo y sabiendo que todo tiene un final. Lo bueno y lo malo. Lo triste y lo alegre. Toda tormenta acaba con un claro. Todo infierno es el preludio de un cielo más azul. Los días llegan al final y sólo la eternidad no tiene principio ni fin. Los gritos se apagan después de hacer estragos en el alma que los recibe. Y las traiciones dejan surcos en forma de herida que el tiempo no borra, sólo amortigua el dolor. Saber que nada es perfecto y todo susceptible de mejorar es lo que hace que la vida sea diferente. Como decía el P. Kentenich sobre sí mismo: *«El deseo de perfección ha aumentado mucho. Tanto más tomo conciencia de mi miseria y debilidad»*[1]. La perfección no es posible, no me salva. No hay un camino perfecto, una persona perfecta, una decisión ideal. No hay una familia perfecta, ni un amor sin defecto. Veo caras, no corazones. Hay pecados ocultos, decisiones erradas, fracasos evitables. Todo se diluye con el paso del tiempo y me asusto al pensar en lo que podría haber sido. Las horas pasadas nunca vuelven. Y entonces no quiero que el temor a perder me aparte de la línea de salida. No deseo que el temor a ser rechazado me impide decirte lo que siento, lo que pienso, lo que amo. Siento dentro de mí una nostalgia infinita de pasados llenos de luz que fueron un día como esas flores de corta duración. Hay un deseo muy hondo en mi interior que no logro descifrar. Sé que es el deseo de amar y ser amado, siempre el mismo deseo que me despierta al amanecer con la ilusión de lograrlo con el nuevo día. Puedo volver a intentarlo. Los desamores y sinsabores de la vida no me desaniman, sigo dando la vida. Siento dentro de mí la fuerza de un nuevo comienzo cada vez que retomo el ritmo del reloj que no deja de avanzar ante mis ojos. Al atardecer sonrío, al amanecer estoy lleno de ganas de comerme el mundo. No estoy solo en medio de la vida, veo una red de vínculos que está tejida a mi alma y eso me da esperanza. He recorrido caminos difíciles y extraños bien porque los elegí yo o los acepté habiéndolos elegido otros para mí. He tomado atajos a veces pensando que llegaría antes que otros, sólo era un juego, y un gran error. Los atajos no me salvan, más bien me condenan a seguir luchando. No quiero quitarle a la vida ni el sufrimiento que

[1] Apuntes del diario de J. Kentenich, enero de 1909. En: Dorothea M. Schlickmann, *Los años ocultos*

conlleva ni las alegrías que trae consigo. No le tengo miedo a los sueños que no se cumplen. Más bien hay en mi alma una luz que amanece con el sol sin que me dé cuenta. Me gustan las personas que siempre sonríen, incluso sin motivo alguno. Sonríen porque aman, porque se saben amadas. Porque han perdido la vida y la han recuperado intacta. Sonríen porque saben que la noche es el preludio del día y las estrellas esconden en su luz toda su entrega. Esas almas risueñas me dan alegría, espantan los fantasmas del miedo y permiten que en su voz brote un canto alegre que no conozco. Una melodía nueva que inunda el día de esperanza. **Una pasión que alimenta el fuego que quema en mi alma las impurezas.**

Hoy escucho que si hago caso a lo que Dios me pide viviré eternamente. Se lo recuerda Moisés al pueblo de Dios: *«En aquellos días, habló Moisés al pueblo, diciendo: - Teme al Señor, tu Dios, guardando todos sus mandatos y preceptos que te manda, tú, tus hijos y tus nietos, mientras viváis; así prolongarás tu vida. Escúchalo, Israel, y ponlo por obra, para que te vaya bien y crezcas en número. El Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria».* Sólo tengo que amar a Dios sobre todas las cosas. Es lo mismo que me dice Jesús: *«El primero es: - Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser».* ¿Cómo se hace eso? Quiero amar al Señor mi Dios. Me resulta difícil amarlo, pero ¿cómo lo hago con todo mi corazón, con mi alma completa, con todo mi ser? Es decir, totalmente, sin dejar ningún espacio de mi vida en el que Él no esté. ¿Cómo se hace? Puedo ser una persona cumplidora. Puedo mantenerme entre los límites permitidos. Puedo vivir respetando normas concretas, sin ser inmoral ni un pecador empedernido. Pero amar al Señor con todo mi ser me resulta imposible. Dios me hizo hombre, me puso entre los hombres y me dio el mundo para habitarlo, amarlo y cambiarlo. Y así lo hago. Echo raíces en la tierra, no sólo lanzo puentes al cielo. Me encariño de la vida caduca. Amo las cosas, a las personas, a los animales, los planes y los proyectos humanos. Me enamoro de la vida cotidiana llena de diversión y de alegría. Sueño con amores eternos desgranando los días de un amor perecedero. Pero soy hombre, no soy ángel. Me dio un cuerpo humano con tendencia al reposo y a buscar un punto de apoyo en esta tierra en continuo movimiento. Entonces la totalidad de la entrega no me cuadra, no me resulta, me parece una quimera. Pretender amar con un amor eterno me parece imposible. Es como intentar rasgar las nubes para que me dejen ver el sol. Es como intentar detener la lluvia una vez ha comenzado la tormenta. O querer parar los vientos con mis manos alzadas. Los milagros existen, es cierto, pero mi poca experiencia con lo extraordinario me ha vuelto algo incrédulo. ¿Cómo lo hará Dios para cambiarme y lograr que el todo sea algo habitual en mi entrega, en mi forma de darme? Me parece poco más que imposible. Estoy dispuesto a amar a Dios con mi alma, con mi ser, con mis fuerzas. Eso lo tengo claro, así lo intento cada mañana. Lo que lo complica todo es hablar de la totalidad. Siempre y cuando no sea que Dios está presente en esta tierra que piso. Presente en mis amores humanos. Presente en mis pasiones mundanas. Si así fuera todo sería posible. Amando a mi cónyuge amo así totalmente a Dios oculto en esa carne amada. Amando mis proyectos y mi trabajo amaría en ellos al Dios oculto en mi vida diaria. Siendo así es todo más sencillo. El todo tiene que ver entonces con el cielo y con la tierra. No soy sólo espíritu, me pesa mi propia carne y los días se anclan en mi ser atándome a la tierra. Hago un gran esfuerzo para soltar equipaje y caminar volando más ligero. Es lo que deseo en esta vida. Mientras sea capaz de amar todo irá fluyendo. Tal vez mi problema es que ni siquiera sé amar de la forma correcta. Digo que sí, que amo, que quiero, que deseo, que me entrego. Pero detrás de estas palabras verdaderas se esconden engaños sutiles. No estoy dispuesto a amar como Dios me ama a mí. No logro amar con ese amor divino que es ágape, un amor que desciende y se entrega renunciando a todo. Un amor así implica una generosidad que a mí me falta. Amar de esa forma sólo puede ser por obra de Dios en mí. A menudo me encuentro amando por interés. Amo para conseguir algo, para ser yo feliz. Pero me importa menos que la persona amada sea más feliz que yo, o al menos tan feliz como yo. Me siento pequeño y veo que la vida no es tan maravillosa como pensaba. Y mi deseo por sobrevivir me hace ponerme a mí en el centro, no a la persona amada. Me busco a mí y no pienso en aquel a quien amo. Ni siquiera sé amar a los hombres con todo mi ser, con toda mi alma, con todas mis fuerzas. Si no lo consigo con aquel a quien veo y toco, ¿cómo voy a lograrlo con Dios que se me escapa en su

Espíritu? Me gustaría tener ese don del amor por el que suspiro. ¿Acaso no es mi amor un amor interesado y condicionado? Quisiera amar de forma incondicional. Amar sin importarme cómo se comportan conmigo, cómo me tratan. Amar sea como sea la vida de aquel a quien amo, sin tomar en cuenta sus defectos, sus caídas, sus infidelidades. Amar desde el perdón, desde la confianza rota que sueña con ser reestablecida. Es tan difícil amar como Jesús me ama desde la cruz, perdonando porque no saben lo que hacen. Perdonando desde el dolor de la afrenta y la difamación. Cuesta perdonar desde lo oculto, cuando he sido abandonado. Un amor así es un don que suplico cada mañana. Amar así a Dios oculto en rostros humanos. Amarlo así dentro de mi alma, donde me habla y me dice que no me va a abandonar, haga yo lo que haga. **Es un milagro y lo pido cada día.**

A Jesús le preguntan para ponerlo a prueba. *«En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: - ¿Qué mandamiento es el primero de todos?».* Y Jesús, después de mencionar el amor total a Dios, añade un segundo mandamiento: *«El segundo es éste: - Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que éstos».* Este mandamiento me trae problemas. El primero: ¿Quién es mi prójimo? ¿Cualquiera vale? ¿Alguien lejano es mi prójimo? Decía S. Vicente de Paul: *«El cristiano sin amor al prójimo no es un cristiano real sino pintado».* Es así. Es necesario amar al que está cerca de mí. Y también amar a aquel que se cruza en mi camino. Preocuparme del que está a mi lado. Averiguar qué necesita, qué le falta. Cuáles son sus sueños y sus miedos. Paso por la vida sin preguntar nada, no vaya a ser que me tenga que involucrar demasiado. El concepto prójimo es muy vasto. Muchos pueden ser ese prójimo al que debo amar. Al mirarlo así me asusto. ¿Podré amar de esa manera? ¿Podré amar a tantos? Creo tener cubierto el número de personas que caben en mi alma. No puedo amar a cualquiera. No puedo querer el bien de aquel a quien no conozco. Quiero hacer un ejercicio de apertura. Me acerco al desconocido, pongo interés en aquel que llega a mi vida cuando menos lo espero. Mi prójimo puede ser la persona a la que más puedo amar. Dejo a un lado mi miedo al compromiso. Aparto mis planes, mi agenda, mis programas. Y súbitamente mi prójimo salta ante mis ojos invitándome a cambiar, a mejorar, a acercarme a mi hermano. La solidaridad nace cuando empiezo a pensar que alguien me necesita. El egoísmo es mi tendencia habitual. Pienso en mí, en mi bienestar, en mi paz, en mi seguridad. No me importan los dramas y dolores del que está lejos. Por eso no me aproximo, para que mi prójimo siga siendo lejano. Así estoy más tranquilo y con más paz. El segundo problema es la medida del amor. ¿Se puede medir el amor? El que ama hasta el extremo está dispuesto a dar la vida y es capaz de darla. Se niega a sí mismo para que el otro viva. Muere para dar vida. Desaparece para que el otro crezca. ¿Es posible amar de esa manera? Jesús lo hizo y también muchos santos después de Él siguiendo su senda. Hoy Jesús me pide que ame a mi prójimo como a mí mismo. Surgen las dudas. A menudo siento que me amo mal a mí mismo. Quiero mi bien, pero no sé lo que me conviene, lo que me hace bien realmente. Y además no siempre me quiero como soy. Dicen que las pantallas, que ahora forman parte de mi vida por la pandemia, han aumentado la baja autoestima de los jóvenes. Al verse mientras están en un grupo comparan su físico, no se sienten valiosos. Lo mismo las redes sociales han establecido unos baremos de belleza física determinados. La autoestima es un valor fundamental en la vida. Pero no siempre es fácil tener una autoestima alta. No me amo bien cuando no he sido amado desde niño. Cargo heridas en el alma que me hacen sentir que no valgo, no importo, no soy bello, ni inteligente, ni valioso. Entonces mi autoestima baja no me permite quererme de forma sana. Me amo enfermizamente. Y ahora Jesús me pide que ame a otros de acuerdo con la medida con la que me amo. Pero, si no me amo bien, ¿qué hago? El amor a mí mismo es fundamental para que ame bien a otros. Si no me estoy amando, cuidando, respetando en mi verdad, es imposible que pueda establecer vínculos sanos y profundos. En esos lazos que tiendo estaré buscando un puerto al que llegar. Y exigiré a mi prójimo que me ame mucho más incluso de lo que es capaz. Mis heridas me incapacitan para amar de forma sana. La medida del amor soy yo mismo. Porque cuando me amo bien, entonces sé lo que le conviene a mi prójimo. En lugar de buscar mi interés busco el suyo. Y sé que tengo que tratar a los demás como me gustaría que me trataran a mí. Yo soy la medida del amor. Cuando me amo de forma sana acepto mi vida como es, le doy un sí a mis defectos, vuelvo a empezar con optimismo cada vez que yerro. El amor hacia mí mismo, cuando es sano, es incondicional. Haga lo que haga nunca dejo de amarme. Me amo por encima de mis pecados y sobre todo en esos momentos en los que me siento tan débil e

indigno. Entonces mi amor a mi miseria me acerca a Dios porque así es como Él me ama, sin condiciones y siempre. Aprender a establecer una medida para mi amor me engrandece. Pero lo que Dios me pide en realidad es que viva un amor sin medida. Tiendo a poner límites a mi entrega. Amo con medidas pequeñas, para no gastarme, para que no me duela demasiado. Darlo todo puede ser muy doloroso y me da miedo no recibir nada a cambio. Así es en ocasiones, doy, hago, digo, me esfuerzo y nada sucede en quien es amado por mí. No me ama como yo espero. Y me canso. Por eso la invitación de Jesús me parece excesiva. ¿Cómo puedo amar sin medida? ¿Cómo voy a ser yo la medida de mi amor cuando tengo tanto miedo a ser herido o a cansarme de dar sin recibir nada? Es un milagro amar a los demás como me amo a mí mismo. Amar sin medir, amar sin guardar, amar sin miedo al rechazo o al desencuentro. Hoy vuelvo a hacer mío el mandamiento del amor. **Con mis límites, con mis carencias, con la fuerza de Dios.**

Miro a Jesús para aprender a amar como Él me ama. Es la gratuidad lo que mueve el universo, no son el derecho ni la justicia. Es el amor el que me hace cambiar, el amor recibido. Lo que más me falta en la vida es amor, el amor que me dan. Lo gratuito es lo que me salva, me levanta y alegra, no lo que me deben, no lo que exijo con fuerza y rabia. Amo al Señor no porque sea obligatorio, ni siquiera es necesario, simplemente lo amo porque quiero. Hoy escucho: «*Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza. Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador*». Yo amo al Señor y ese amor mío se convierte en fuente de vida para mí mismo. Su amor me levanta cuando he caído. S. Juan Pablo II comenta: «*El amor vence siempre, como Cristo ha vencido. El amor ha vencido. Aunque en ocasiones, ante sucesos concretos pueda parecernos impotentes. Cristo parecía impotente en la cruz. Dios siempre puede más*». No importa tanto cuánto lo amo sino saber que Él me ama, me sostiene y me lleva al final del camino. Me gustaría que Jesús me dijera cada mañana lo mismo que hoy le dice al escriba: «*No estás lejos del reino de Dios*». No estoy lejos porque el reino está naciendo en mi interior, dentro de mi alma herida. Nace en lo pequeño, en lo escondido. Oculto entre las sombras experimento el reino que va creciendo. Y siempre sucede de la misma manera. No llevo cuenta del bien ni del mal. Hago todo sin esperar nada a cambio, sin querer recibir. Doy sin querer obtener un pago. Me entrego sin buscar el reconocimiento. Todo es gratuidad, todo lo que me salva. ¡Cuánto me cuesta entenderlo! El reino crece en mi interior sin mérito propio. Sé que «*amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios*». De eso no me olvido. Amar a Dios, amar a mi prójimo. Acoger, valorar, abrazar, enaltecer, reconocer, buscar, atender, socorrer, ayudar, impulsar, agradecer, sostener, cuidar. Todo tiene que ver con ese amor mío que es mucho más que un sentimiento. Incluso después de haber traicionado el amor puedo volver a nacer. Siempre hay esperanza incluso cuando parece que no la hay. El perdón es la clave y es gratuito. Nunca perdono a cambio de algo. No perdono para que estén en deuda conmigo. Perdono por amor. Acepto por amor. Esa palabra mágica lo envuelve todo y al mismo tiempo puede estar vacía de todo contenido cuando la uso mal, cuando no amo con madurez y con altura. El amor puede llenar mi voz, puede ser motivo de mil poesías y frases llenas de vida. Pero el amor que no tiene obras es un amor de sentimiento, que no toca la raíz de mi corazón. Porque amo de verdad cuando he sido amado sin merecerlo. Cuando me siguen amando sin yo buscarlo. Cuando siendo yo un traidor el amor que recibo sigue intacto. Esa forma de amar es la que me conmueve. ¿Seré capaz de amar de esa manera algún día? Me cuesta amar a Dios y me cuesta amar bien a mis hermanos. Decía el P. Kentenich: «*Hoy en día existe tan poco amor auténticamente sobrenatural porque es poquísimo el auténtico y sano amor instintivo que existe*»[2]. Quiero aprender a amar de forma sana. Por lo humano llegar a Dios. Sin un amor sano a los hombres es difícil que llegue a amar bien a Dios. Son mis heridas provocadas por la falta de amor las que me hacen más vulnerable. He sido herido de formas diferentes. Y tengo miedo. Cuando he sufrido por amor temo volver a sufrir. Si no han sido honestos y veraces conmigo temo que me vuelva a suceder. Mis heridas me pueden volver susceptible y lleno de quejas. Quiero sanar mis heridas y llenar mis vacíos de amor. Me convierto en mendigo de amor. Y de esa forma no logro sanar nada. No encuentro el equilibrio ni la paz. Aprender a amar es la tarea de toda mi vida. Sin esfuerzo no crezco. Y si no logro avanzar en el amor toda mi vida viviré frustrado. El amor que no se cuida se

[2] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*

seca. Muchas veces no es un sentimiento, sino un quiero amar, quiero querer. Los vínculos que no protejo se rompen. Si no cuido la vida que surge, muere. El cuidado es esencial, los detalles, el respeto, saber enaltecer, hablar bien de aquel a quien amo. Ser capaz de contarle lo que estoy viviendo, sin miedo. Cuando no hay intimidad ni complicidad el amor se debilita. No todos los amores humanos que tengo son iguales. Siempre habrá diferencias. Todos caben en mi corazón si les dejo un espacio. No los comparo. No descuido ninguno. Para todos encuentro tiempo. Es desigual, no importa, cada uno tiene su lugar en mi alma. La tarea de toda mi vida será **aprender a amar bien, de forma libre, dándome siempre por entero y cuidando que aquellos a los que amo sean felices.**